

SANTIAGO GUIJARRO

**LA PRIMERA
EVANGELIZACIÓN**

EN LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

SEGUNDA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2016

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013, 2016
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1940-0
Depósito legal: S. 311-2016
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

PRÓLOGO. Reconstruir la historia para renovar la memoria	9
1. UNA HISTORIA DE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN	21
1. La historia de Áquila y Prisca	21
2. Reflexiones acerca de la historia de Áquila y Prisca	35
2. LAS NOTICIAS SOBRE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN	43
1. Catálogo de las fuentes	44
2. Valor histórico de las fuentes	52
<i>Apéndice: Fuentes no cristianas</i>	58
3. EL IMPULSO DEL PRIMER ENVÍO	63
1. Los envíos misioneros en los evangelios	65
2. El impulso postpascual de la primera evangelización ..	71
3. El modelo postpascual de la primera evangelización	77
4. Conclusión	83
4. LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN EN LA TIERRA DE ISRAEL ...	85
1. La patria de origen y la diáspora	86
2. La misión en Jerusalén	90
3. La misión en Galilea	97
4. La misión en el entorno de Judea y Galilea	104
5. Conclusión	110
5. LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN EN LA DIÁSPORA	113
1. La novedad de la primera evangelización	114
2. El «crisol» de Antioquía	117
3. La misión a las naciones	126
4. La misión a los judíos	138
5. La comunidad de Roma	143
6. Conclusión	146

6. EL PROCESO DE CONVERSIÓN	149
1. Adhesión y conversión	150
2. Dos visiones del proceso de conversión	154
3. La conversión a un nuevo movimiento religioso	156
4. La conversión como proceso	159
5. Las consecuencias de la conversión	168
6. Conclusión	176
7. EL PRIMER ANUNCIO	179
1. Tres evocaciones del primer anuncio	180
2. ¿Cómo fue el primer anuncio?	192
3. Conclusión	202
8. EL NUEVO ESTILO DE VIDA	205
1. La pobreza y la ayuda social en el mundo antiguo	206
2. El amor (<i>agápe</i>) como norma de vida	212
3. Una praxis inspirada en la memoria de Jesús	217
4. Conclusión	224
EPÍLOGO. Una memoria enriquecida	227
<i>Bibliografía</i>	237
<i>Índices</i>	257

PRÓLOGO

RECONSTRUIR LA HISTORIA PARA RENOVAR LA MEMORIA

La primera evangelización es un acontecimiento del pasado que sigue teniendo vigencia en el presente. En cuanto acontecimiento del pasado, es un hecho histórico que puede ser reconstruido a partir de las fuentes. En cuanto acontecimiento histórico que sigue teniendo vigencia en el presente, ha dado lugar a un relato que forma parte de la memoria compartida del cristianismo y, a través de él, de la memoria de Occidente.

En este libro se estudia la primera evangelización considerando ambas dimensiones. Su propósito es realizar una reconstrucción histórica del acontecimiento del pasado con el objeto de renovar la memoria compartida sobre él en el presente. Antes de abordar esta tarea, sin embargo, es necesario precisar qué entendemos por «primera evangelización» y aclarar cómo se relacionan estas dos formas de acercarnos a ella.

1. LA «PRIMERA EVANGELIZACIÓN»

En primer lugar, hemos de precisar a qué nos referimos cuando hablamos de la «primera evangelización». Podemos hacerlo inicialmente afirmando que se trata de la misión que llevaron a cabo los primeros discípulos de Jesús. La primera evangelización queda así situada en un marco histórico y social bien definido: el de la primera generación de discípulos o «generación apostólica», que comienza después de la

muerte de Jesús y concluye con la desaparición de los que habían sido sus discípulos. La muerte de Jesús, sucedida en torno al año 30 d.C., y la incorporación de nuevos miembros a los grupos de discípulos que continuaron su proyecto señalan el comienzo de esta nueva etapa.

Una generación no es sólo un hecho cronológico, sino ante todo un hecho social, que se define por la vinculación entre las personas que comparten las mismas vivencias y proyectos y, muy especialmente, por la vinculación de estas personas a un grupo de «otros significativos» que encarnan los rasgos del grupo generacional¹. En el caso de la primera generación de discípulos, este grupo de «otros significativos» estaba formado por quienes habían conocido y acompañado personalmente a Jesús, aquellos que, en palabras de Lucas, «fueron desde el principio testigos oculares y luego se convirtieron en servidores de la palabra» (Lc 1, 2). Lo que caracteriza a esta primera generación es, por tanto, la presencia de los apóstoles.

En consecuencia, el final de una generación viene marcado por la desaparición de ese grupo significativo de personas. En el caso de la generación apostólica, la desaparición de varios de los discípulos que habían jugado un papel relevante en dicha etapa (Santiago, Pedro, Pablo, etc.) coincide con otro acontecimiento que causó un enorme impacto en el judaísmo, y que afectó decisivamente al naciente movimiento cristiano: la guerra judía, que terminó con la destrucción de Jerusalén y de su templo en el año 70 d.C. Este acontecimiento provocó una profunda crisis en el judaísmo y puso fin a la corta vida de la iglesia de Jerusalén, que había sido hasta entonces punto de referencia para las demás comuni-

1. Cf. B. J. Malina, *Timothy: Paul's Closest Associate*, 26-29. La división del tiempo en periodos es una construcción cultural que depende de la tradición en que han sido socializados aquellos que la hacen; cf. E. Zerubavel, *Time Maps*, 97. (Las referencias completas de los libros y artículos citados se encuentran al final del libro, en la «Bibliografía citada»).

dades de discípulos de Jesús. Todos estos acontecimientos señalan el final de la generación apostólica y el comienzo de una nueva etapa en la historia del cristianismo naciente.

Uno de los rasgos más característicos de esta generación apostólica fue precisamente la intensa actividad misionera que desplegaron aquellos primeros discípulos de Jesús. Comparada con la siguiente generación y las posteriores, más preocupadas por la consolidación de las comunidades creadas durante este periodo, la generación apostólica estuvo más volcada hacia fuera y puso en marcha un programa misionero original, cuyas características no encontramos en las generaciones que vinieron después².

2. EL RELATO NORMATIVO DE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN

El carácter originario de la primera evangelización hizo de ella una referencia fundamental para los primeros grupos de creyentes en Jesús. Por este motivo, desde muy temprano, el recuerdo de aquellos acontecimientos quedó preservado en un relato que formaba parte de la memoria del grupo. Este relato no solo mantenía vivo el recuerdo de los orígenes, sino que además contribuyó a definir la identidad de las primeras comunidades cristianas.

Ahora bien, el relato que los primeros seguidores de Jesús fueron construyendo a partir de los acontecimientos recordados incorporaba una interpretación de los mismos, de modo que algunos aspectos quedaron resaltados, mientras que otros quedaron en la penumbra. Con el tiempo, este relato se convirtió en normativo, o sea, en una narración concisa que recordaba y actualizaba la primera evangelización³.

2. R. Trevijano, en *Factores, oportunidades e incentivos para la misión en la Iglesia prenicena*, afirma rotundamente: «No consta que después de san Pablo la Iglesia primitiva haya desarrollado un esfuerzo misionero consciente, formal o institucionalizado» (p. 393).

3. La expresión «relato normativo» traduce un término acuñado en la literatura sociológica e histórica de lengua inglesa (*master narrative*). Desde

Resulta instructivo observar cómo se fue configurando este relato en la Iglesia antigua. Sus principales rasgos se encuentran ya en la obra lucana. En la perspectiva de Lucas, el proyecto de la evangelización estaba diseñado desde el comienzo de la actuación de Jesús. De hecho, aparece plasmado en su primera intervención en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16-30), que prefigura la misión de los discípulos (Hch 13, 14-52). Este proyecto se va desplegando primero en la actuación del mismo Jesús, que envió a sus discípulos –primero a los Doce (Lc 9, 1-6) y luego a los Setenta y dos (Lc 10, 1-12)– para que anunciaran la buena noticia, y que después de su resurrección renovó este encargo a aquellos mismos discípulos, los cuales dieron testimonio de él hasta los confines del mundo (Lc 24, 46-48; Hch 1, 8). En sus primeros capítulos, el libro de los Hechos narra de forma ejemplar cómo el mensaje evangélico, gracias a la predicación de los apóstoles y a la acción del Espíritu Santo, llegó a una enorme multitud (Hch 1-5). La obra lucana es una historia de la primera evangelización construida a partir de este relato normativo.

En la Primera carta de Clemente, escrita en Roma a finales del siglo I d.C., es decir, en una fecha cercana a la publicación de la obra de Lucas, encontramos la primera formulación sintética de este relato normativo. En él aparecen ya algunos de sus rasgos más característicos, como la continuidad entre la misión de Jesús y la de sus discípulos, la referencia a una única misión y el papel fundamental de la predicación:

Los apóstoles nos predicaron el evangelio de parte del Señor Jesucristo; Jesucristo fue enviado de Dios. En resumen, Cristo de parte de Dios, y los apóstoles de parte de Cristo: una y otra cosa,

una perspectiva histórica, puede definirse como «un esquema general que sirve para interpretar y escribir la historia» (J. Appleby y otros, *Telling the Truth about History*, 232). Los relatos normativos ejercen una importante función social, pues contribuyen a dar sentido a la experiencia de los grupos.

por ende, sucedieron ordenadamente por voluntad de Dios. Así pues, habiendo recibido los apóstoles los mandatos y plenamente asegurados por la resurrección del Señor Jesucristo y confirmados en la fe por la palabra de Dios, salieron, llenos de la certidumbre que les infundió el Espíritu Santo, a dar la alegre noticia de que el reino de Dios estaba para llegar. Y así, según pregonaban por lugares y ciudades la buena nueva y bautizaban a los que obedecían el designio de Dios, iban estableciendo a los que eran las primicias de ellos –después de probarlos en el Espíritu– por inspectores y ministros de los que habían de creer (*1 Clem.* 42, 1-4)⁴.

Este relato normativo es el que sirvió como marco de referencia a los cristianos del siglo II d.C. para recordar la primera evangelización. Se hallan vestigios de él en las obras de Justino, cuando habla de la doctrina de Cristo «predicada por los apóstoles en todas las naciones» (*Apol.* I, 42, 4). Y también en los escritos de Ireneo de Lyon, según el cual «los apóstoles enseñaban a los paganos a abandonar los ídolos de piedra y de madera a los que adoraban como dioses, y a adorar como Dios verdadero a aquel que creó e hizo toda la raza humana» (*Adv. Haer.* 3, 5, 2-3).

A finales de aquel siglo, encontramos en Tertuliano una formulación más elaborada de este mismo relato normativo, que integra detalles tomados de los evangelios, como el mandato mateano de enseñar y bautizar a todos los pueblos (Mt 28, 18-20), o la noticia lucana de la elección de Matías (Hch 1, 15-26):

Cristo Jesús, nuestro Señor..., mientras vivía en la tierra, él mismo declaraba lo que era, lo que había sido, qué voluntad del Padre administraba, qué deberes prescribía al hombre, ya públicamente al pueblo, ya aparte a sus discípulos; de entre los cuales había escogido, para tenerlos a su lado, doce principales, destinados como maestros para las naciones. Y así, caído uno de ellos, a los otros once, cuando él marchaba al Padre después de la resu-

4. D. Ruiz Bueno (trad.), *Padres apostólicos*, Madrid 1979, 216.

rrección, les mandó ir y enseñar a las naciones, para bautizarlas en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Al punto, pues, los apóstoles —nombre éste que significa «enviados»—, añadiendo, echando a suertes, a Matías como duodécimo en lugar de Judas por la autoridad de la profecía que está en el salmo de David, una vez que obtuvieron la fuerza del Espíritu Santo que se les había prometido para realizar milagros y pronunciar palabras, atestiguada primero la fe en Jesucristo a través de Judea y establecidas sus iglesias, marcharon desde allí a todo el mundo y proclamaron a las naciones la misma doctrina de la misma fe. Y del mismo modo fundaron iglesias, una en cada ciudad, desde las cuales otras iglesias pasaron luego de una en otra el sarmiento de la fe y las semillas de la doctrina, y cada día se los siguen pasando para ser realmente iglesias. Y por este motivo también ellas mismas serán consideradas apostólicas, como nuevos brotes de las iglesias apostólicas (*Praesc. Haer.* 20, 2-6)⁵.

Por fin, el relato normativo adquiere su forma más triunfalista en la primera gran historia del cristianismo, la *Historia eclesiástica* que Eusebio de Cesarea compuso y publicó a comienzos del siglo IV d.C., poco después de que el cristianismo hubiera sido ya reconocido como religión lícita en el Imperio:

Así, indudablemente, por una fuerza y una asistencia de arriba, la doctrina salvadora, como rayo de sol, iluminó de golpe a toda la tierra habitada. Al punto, conforme a las divinas Escrituras, la voz de sus evangelistas inspirados y de sus apóstoles resonó en toda la tierra, y sus palabras en el confín de mundo. Efectivamente, por todas las ciudades y aldeas, como en era rebosante, se constituían en masa iglesias formadas por muchedumbres innumerables. Los que por sucesión ancestral y por un antiguo error tenían sus almas presas del antiguo morbo de la superstición idólatra, por el poder de Cristo y gracias a la enseñanza de sus discípulos y a los milagros que la acompañaban, rotas sus penosísimas prisiones, se apartaron de los ídolos como de amos espantosos y

5. E. Alcover, «*De Praescriptione Haereticorum*» de Tertuliano, 266-268.

escupieron todo politeísmo demoníaco y confesaron que no hay más que un solo Dios: el creador de todas las cosas. Y a este Dios honraron con los ritos de la verdadera religión por medio de un culto divino y racional, el mismo que nuestro Salvador sembró en la vida de los hombres (*Hist. Ecl.* 2, 3, 1-2a)⁶.

Estos testimonios de autores que vivieron en un periodo de tiempo relativamente dilatado presuponen el mismo relato normativo. Aunque cada uno de ellos subraya algún matiz que responde a sus intereses particulares (la institución de ministerios en el texto de Clemente; la fundación de iglesias apostólicas, en el de Tertuliano; o el rechazo de los ídolos, en el de Eusebio), todos tienen como marco un mismo esquema en el que pueden identificarse cuatro rasgos característicos.

En primer lugar, se subraya la continuidad entre la misión de Jesús y la de sus discípulos. En el pasaje de Clemente y en el de Tertuliano este aspecto aparece explícitamente. No así en el de Eusebio, pero ello se debe a que, como él mismo afirma, lo relativo a «la actividad previa a la pasión y la elección de los apóstoles» lo ha explicado en el libro precedente (*Hist. Ecl.* 2, prol. 2).

En segundo lugar, se presupone una única misión, que habría sido llevada a cabo por los apóstoles. En el pasaje de Clemente, esta palabra tiene todavía un sentido genérico, pero en el de Tertuliano se precisa que la primera evangelización fue obra de los Doce apóstoles, una vez reconstruido el grupo con la elección de Matías. Eusebio, sin embargo, se la atribuye de forma más genérica a «los evangelistas inspirados» y a los «apóstoles». En ningún caso se cuenta con la posibilidad de una misión plural.

En tercer lugar, la acción evangelizadora consiste fundamentalmente en anunciar un mensaje: proclamar la buena noticia de la llegada del Reino (Clemente), dar testimonio

6. A. Velasco Delgado (trad.), *Historia eclesiástica* I, Madrid 1973, 69-70.

de la fe en Jesucristo y proclamar la fe en él (Tertuliano) o enseñar (Eusebio). Es este mensaje el que provoca la conversión. Quienes lo acogen reciben el bautismo (Clemente y Tertuliano) y renuncian a los ídolos adoptando los ritos de la religión cristiana (Eusebio).

Por último, el resultado de esta acción evangelizadora es la fundación de nuevas iglesias. En el texto de Clemente este aspecto se refleja indirectamente en el hecho de establecer «inspectores y ministros». En los de Tertuliano y Eusebio aparece de forma explícita como el principal objetivo de la acción misionera de los apóstoles.

3. RECONSTRUIR LA HISTORIA

Este relato normativo de la primera evangelización, que se fue fraguando en los primeros siglos del cristianismo, se convirtió en un elemento constitutivo de la memoria de los orígenes cristianos, y determinó durante mucho tiempo la forma de interpretar y escribir la historia de dichos orígenes. Sin embargo, desde una perspectiva histórica no puede tomarse como punto de partida para una reconstrucción que pretenda acercarse a los acontecimientos con rigor y objetividad. Por eso, los historiadores prescinden de él a la hora de realizar su tarea.

El objetivo que persigue una reconstrucción histórica de la primera evangelización es recuperar los datos que las fuentes antiguas nos han transmitido acerca de aquel acontecimiento y examinarlos críticamente con el fin de elaborar, en la medida de lo posible, un relato contrastado de lo sucedido.

Es importante precisar que se trata de una «reconstrucción» y que, por tanto, existe una distancia entre los acontecimientos sucedidos y el relato que puede hacerse de ellos a partir de los datos que han llegado hasta nosotros. El relato no es el acontecimiento, sino una representación del mismo.

Por eso, la reconstrucción histórica constituye siempre un ejercicio de interpretación. No se puede recuperar el pasado sin interpretarlo.

Esta forma de entender la reconstrucción histórica plantea inevitablemente la pregunta acerca del marco hermenéutico en el que se realiza. Los historiadores han reflexionado ampliamente sobre este tema en los últimos años y reconocen que también ellos utilizan meta-relatos que determinan su interpretación. La historia de la primera evangelización también ha sido escrita en el marco de diversos meta-relatos. Tradicionalmente se inscribe en un relato particular elaborado en un contexto confesional: la llamada «historia de la Iglesia». Pero también ha sido reconstruida en un marco cultural más amplio, que sitúa dicho acontecimiento en la llamada «Historia de la Antigüedad»⁷. En ambos casos, a pesar de todos los esfuerzos para alcanzar la mayor objetividad posible, la reconstrucción histórica es siempre un ejercicio de interpretación.

Un problema particular que se plantea a la hora de escribir una historia de la primera evangelización es el de la posibilidad de la actuación de Dios en la historia. En el relato normativo de los orígenes, la intervención divina es un elemento fundamental. Sin embargo, la historiografía contemporánea pone entre paréntesis, o rechaza abiertamente, esta interpretación como mítica o acientífica, argumentando que el objeto de la reconstrucción histórica son los hechos que pueden ser comprobados empíricamente. Ahora bien, desde una perspectiva cristiana, que ve en la historia el lugar privilegiado de la acción de Dios, el relato tradicional contiene un elemento del que no se puede prescindir. Por eso, aunque al analizar los datos y reconstruir los acontecimientos del pasado sea hoy irrenunciable utilizar de forma crítica los recursos de la historiografía, prescindiendo de

7. Sobre las implicaciones de estas dos perspectivas, cf. las reflexiones de C. Marksches, *¿Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo?*, 74-83.

todo de tipo de explicación sobrenatural, quien realiza esta reconstrucción desde una perspectiva creyente sitúa los resultados de su investigación en el marco más amplio de esta hermenéutica creyente de la historia⁸.

Uno de los presupuestos de esta hermenéutica creyente es la continuidad de la acción de Dios. Esta continuidad establece un vínculo particular entre algunos acontecimientos del pasado y la situación presente de la comunidad creyente que los rememora, con la convicción de que ambos momentos forman parte de una misma historia de salvación. Gracias a este vínculo, aquellos hechos dejan de ser únicamente «cosa del pasado» y se convierten en verdaderos «acontecimientos» que afectan a la forma de entender y de vivir el presente.

4. PARA RENOVAR LA MEMORIA

La relación entre el acontecimiento del pasado y la situación presente que motiva la indagación histórica puede ser también contemplada desde otro punto de vista que ayuda a precisar el objetivo de este estudio. Este otro punto de vista pone de manifiesto una particular función de la reconstrucción histórica, pues, gracias a ella, es posible purificar y enriquecer la memoria compartida.

Tal reconstrucción puede ayudar, en primer lugar, a purificar y enriquecer la memoria compartida por las iglesias cristianas. Estas iglesias están viviendo, sobre todo en Occidente, una profunda crisis. En situaciones de este tipo, los grupos vuelven instintivamente su mirada hacia los orígenes, esperando encontrar en ellos las claves que les permi-

8. A la historia, como a otras ciencias, se aplica el principio «etsi Deus non daretur» (como si Dios no existiera), que pone a Dios entre paréntesis a la hora de analizar los datos y acontecimientos. Pero esto no implica la renuncia a una posterior hermenéutica creyente de los mismos. Sobre este principio y su aplicación en teología, cf. A. Gesché, *La paradoja del cristianismo*, 18-27.

tan discernir el presente y proyectar el futuro, así como las pautas que les ayuden a redefinir los rasgos más genuinos de su identidad como grupo.

Esta vuelta al pasado motivada por el deseo de redefinir la identidad del grupo subraya un aspecto particular de aquel acontecimiento histórico: el hecho de que se trata de los «orígenes». Los orígenes de un grupo o una sociedad tienen una importancia singular en la construcción de su identidad colectiva. Para saber quiénes son, los miembros de un grupo necesitan conocer sus inicios. Por esta razón, todos los grupos elaboran un relato de sus orígenes y poseen ceremonias conmemorativas que ayudan a preservarlo⁹. En el cristianismo existe, como hemos visto, un relato normativo de los orígenes que incluye la primera evangelización. Pero también existen ceremonias conmemorativas que mantienen vivo el recuerdo de aquel acontecimiento fundante. Esto significa que la primera evangelización forma parte de la memoria colectiva del cristianismo y es un elemento determinante a la hora de definir su identidad como grupo.

En segundo lugar, la reconstrucción histórica de la primera evangelización puede tener también una función purificadora y renovadora con respecto a la memoria compartida por las sociedades occidentales. La primera evangelización cambió el curso de la historia de Occidente y contribuyó decisivamente a configurar los valores, las relaciones y las instituciones de las sociedades europeas. Sin embargo, en los últimos decenios estamos asistiendo a un proceso de redefinición de la memoria compartida de estas sociedades. Dicha redefinición está siendo impulsada, en parte, por el proceso de descristianización que está viviendo Europa, y consiste en olvidar o marginar sus raíces cristianas.

9. P. Connerton, *How Societies Remember*, 41-71, ha puesto de relieve la importancia que tienen las ceremonias conmemorativas para preservar la memoria grupal.

En esta situación, una recuperación crítica de la primera evangelización y del impacto que esta tuvo en la configuración de la identidad de Occidente, puede ser un elemento constructivo, pues la memoria grupal no se puede construir sobre la negación o el olvido del pasado.

Debido al papel que desempeña en la definición de la identidad del grupo, la memoria colectiva posee una enorme solidez y tiende a mantenerse estable. Sin embargo, en momentos de crisis, cuando un grupo necesita revisar o redefinir su identidad compartida, la reconstrucción histórica de los acontecimientos originarios puede prestar un servicio inestimable¹⁰. En todo caso, es necesario reconocer que la recuperación crítica de los orígenes no es siempre una tarea confortable. Exige, ante todo, honestidad en la búsqueda. También requiere una actitud de apertura y una disposición positiva para recuperar aspectos o posibilidades que han sido relegados con el paso del tiempo. Reclama, en fin, cierta dosis de valentía para redefinir la memoria y la identidad del grupo.

La buena acogida que ha tenido este libro ha hecho posible una segunda edición. En ella he reelaborado algunas partes del prólogo y del epílogo, así como el capítulo sobre el proceso de conversión. Además, he añadido un capítulo sobre el nuevo estilo de vida de los primeros grupos de discípulos y su influjo en la difusión del naciente movimiento cristiano.

10. Sobre las relaciones entre memoria social y reconstrucción histórica, cf. P. Connerton, *How Societies Remember*, 13-21.